

# Evocación de poeta

No conocí personalmente a Luis Mendizabal Santa Cruz. Es posible que me cruzara con él sin saberlo en alguna calle de la ciudad de Oruro. Lo conocí en algunas de sus composiciones poéticas como "El Pintor" o "Poker" que casi sabía de memoria, o por aquel canto que dedicara a su ciudad natal: "La Fundación de Oruro" que escuché o escuchamos muchas veces en la voz nerviosa y emocionada de Renato Galzín, o leímos fragmentariamente en letras esculpidas en piedra al pie de la colina de Conchupata, donde está el teatro al aire libre.

O tal vez también por la columna periodística que mantenía en "LA PATRIA" y más tarde en "Noticias" con el título "Con lápiz de humo" firmándola tan sólo como "Mendi". Lo cierto es que su nombre nunca me sonó a extraño. Más tarde supe que era un viajero impenitente, que su vida no se estaba tranquila en ninguna parte, que buscaba siempre nuevos horizontes, nuevas ciudades, nuevos amigos allí donde sus pies pisaban tierra por un corto tiempo. El, así lo reconocía:

"Es mi existencia

la última arista de una estrella errante".

sabía que pronto emprendería una nueva partida en busca de otros cielos y otras almas... hasta que un día se entregó al último, del que no habría de regresar jamás. Pero como todos los artistas y los poetas, Luis Mendizabal Santa Cruz vive, así sea, en dos o tres poemas que se aprenden con rara facilidad, en los labios de un público que pienso numeroso.

Al año de su muerte voluntaria, la Nueva Generación de "Gesta Bárbara" en la ciudad de La Paz, preparó el "Homenaje en Tinieblas al Poeta Luis Mendizabal Santa Cruz". En la realización del programa intervino, como lo señalara su Presidente Gustavo Medinaceli, "la 'élite' de la inteligencia local", y quizá pudiéramos rectificar, nacional. Fue un hermoso homenaje que le tributaron sus amigos poetas y músicos, junto a los jóvenes iconoclastas de "Gesta Bárbara".

Un año más tarde Gesta Bárbara de Sucre, en el Paraninfo Universitario en un acto presidido por Guillermo Francovich, Rector de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier, rindió su homenaje a la memoria de Luis Mendizabal Santa Cruz. Intervínimos quienes formábamos parte de la bisoña institución junto a dos poetas consagrados que eran, además de amigos, algo así como nuestros mentores, ellos eran: Julio Ameller Ramallo y Guido Villa-Gómez. Ambos habían estrechado lazos de amistad con Mendi.

Julio Ameller nos permitió un mayor acercamiento, una amistad más franca. Con él compartimos muchísimas veladas. Era un hombre ameno en extremo. Hombre lleno de anécdotas, nos narraba con arte inimitable historias ciertas o inventadas. A propósito de Luis Mendizabal Santa Cruz nos refirió el último encuentro que tuvo

con él dos o tres días antes de su partida, del estado febril en que se encontraba frente a sus adversidades, de la imposibilidad de hacer prácticamente nada sino aliviar un poco su desesperación, su miseria espiritual, plena de ilusiones y esperanzas en otros días:

"Y gané tanto, tuve tanta suerte  
que no me han visto más por los caminos  
pidiéndole al amor una limosna".

Dolido por la impotencia, tal vez reprochándose el no haber hecho más, Julio como todos sus amigos, recibió con estupor y angustia el puñal de la verdad de su muerte que se la veía venir, rechazando la idea porque no se conformaban a su presencia real. Ante la realidad de su sien ensangrentada, lo único que les quedó fue acompañar los restos del amigo para depositarlos en su morada última.

Julio Ameller nos dijo que el día del entierro de Luis, el cielo se cubrió de nubes como en señal de duelo y nevó. Un homenaje de copos blancos como si el cielo derramara flores en el camino que recorría la triste caravana en honor del poeta muerto. Al llegar al cementerio, sólo quedaban unos pocos amigos fieles, poetas, músicos y pintores entre los que recordaba a Guillermo Viscarra Fabre con sus enormes manos de ternura, al pequeño Antonio Avila Jiménez tocando en su violín una melodía de Debussy, una de aquellas que tanto gustaba a Mendi; recordaba a Humberto Viscarra Monje, en músico-poeta, silencioso y ensimismado como quien medita en los arcanos de la vida y la muerte sin encontrar una respuesta aceptable que aplaque su tristeza; a Yolanda Bedregal que lloraba copiosamente por no haber podido aplacar sus tristezas a tiempo y, no sé, si algunos otros nombres que la memoria no alcanza a recordar.

Es posible que Julio lo viera así, lo sintiera así. Esa fue su verdad, su verdad poética, que rememoro muy lejos, muy lejos de la belleza con que nos la refería Julio. Esta remembranza es un homenaje a dos poetas, a uno que no conocí personalmente y a otro que tuve la suerte de conocer.

**Jaime Zavaleta M. Poeta. Miembro de la  
Unión Nacional de Poetas y Escritores -  
Cochabamba.**